

## ANTROPÓLOGOS EMBARCADOS\*

Julien Bonhomme\*\*



Ofrenda de danzantes en la iglesia de la comunidad, Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.

Tanto en Afganistán como en Irak, el ejército de los Estados Unidos “embarca” ahora antropólogos a fin de entender mejor las culturas locales. El fenómeno no data de ayer, pero esta vez ha desencadenado un intenso debate del otro lado del Atlántico.

Valle de Shabak, Afganistán. En ese bastión talibán aislado, al Oriente de Afganistán, los paracaidistas estadounidenses acaban de desplegar una nueva arma esencial para las operaciones para combatir la insurrección: una antropóloga de voz aterciopelada que responde al nombre de Tracy. Ésta, quien por razones de seguridad ha solicitado que su apellido no sea divulgado, forma parte del primer *Human Terrain Team*, un programa experimental del Pentágono que destaca a antropólogos y a otros especialistas en ciencias sociales a las unidades de combate estadounidenses en Afganistán y

en Irak. El talento del equipo de Tracy para captar las sutilezas de la vida tribal —entre sus logros más notables se cuenta el de haber podido identificar un conflicto territorial que permitió a los talibanes intimidar a una importante tribu— ha merecido los elogios de los oficiales que han constatado así resultados concretos<sup>1</sup>

Para tratar de ganar algunas de las guerras en las cuales se halla involucrado, el ejército estadounidense ha decidido así recurrir a lo que podríamos llamar *embedded anthropologist* (retomando la expresión que ha servido para calificar a los periodistas embarcados en las filas de la tropas estadounidenses durante la segunda guerra en Irak). El ejército ha encargado a *BAE Systems* (uno de sus prestadores de servicios) el reclutamiento de antropólogos. El anuncio de empleo estipula: “El *Human*

\*La versión original de este artículo, en francés, puede consultarse en <http://laviedesidees.fr/Anthropologues-embarques.html>. La traducción al español es de Ángela Ochoa.

\*\* El doctor Julien Bonhomme es investigador de la Universidad Lumière Lyon II, Francia.

<sup>1</sup> David Rohde, “Army Enlists Anthropology in War Zones”, *The New York Times*, 5 octubre 2007. Ver igualmente Kambiz Fattahi, “US army enlists anthropologists”, *BBC News*, 16 octubre, 2007.

*Terrain System* es un nuevo programa del ejército, concebido con la finalidad de mejorar la capacidad de los militares para comprender el entorno socio-cultural en Irak y en Afganistán. El conocimiento de las poblaciones locales permite a los militares planificar y cumplir su misión con mayor eficacia y recurrir con menos frecuencia al uso de la fuerza". A mediados del mes de octubre de 2007, seis unidades contaban en sus filas con "antropólogos embarcados". Ante el éxito obtenido en esos primeros ensayos, el financiamiento del programa experimental fue incrementado a fin de poder a futuro asignar investigadores en ciencias sociales a las 26 unidades estadounidenses presentes en Afganistán y en Irak. Cada *Human Terrain Team* está compuesto por un antropólogo y un especialista de la lengua local, así como por militares jubilados, generalmente antiguos miembros de los servicios de inteligencia, de los asuntos civiles o de las operaciones especiales. Los antropólogos embarcados reciben un entrenamiento militar y, una vez sobre el terreno, portan el uniforme y van armados para llevar a buen término sus investigaciones.

El despliegue de esos antropólogos encargados de recabar datos socioculturales para el ejército forma parte de la nueva estrategia estadounidense de contrainsurgencia en Irak y en Afganistán. En efecto, los antropólogos deben poder ayudar a los militares a granjearse la confianza de las poblaciones —pieza esencial de las operaciones de "pacificación". Se espera de ellos que permitan atraer a las "tribus" locales hacia la causa impidiéndoles aliarse a la de los talibanes o a la de los "insurgentes" iraquíes. Si bien la aplastante superioridad militar y tecnológica estadounidense basta en efecto para ganar una guerra contra el ejército de un Estado, un óptimo conocimiento del "terreno humano" es indispensable para controlar a una población en el contexto de una guerra no convencional. Ahora bien, se ha visto que el ejército estadounidense está muy mal preparado en ese aspecto; es así que se ha impuesto la idea de recurrir a la "inteligencia etnográfica" (*ethnographic intelligence*), una peculiar alianza entre la inteligencia militar y la etnografía de campo. A partir de una recolección de datos de primera mano, los antropólogos embarcados podrán aportar al ejército una comprensión de la cultura y de la organización social de las poblaciones locales, de la que carecían por completo. Los datos socioculturales que interesan al ejército y que los antropólogos les pueden proporcionar tie-



Ofrenda de danzantes en la iglesia de la comunidad, Acatlán, Gro.  
Foto: Gloria Marvic.

nen que ver por ejemplo con la organización social de las tribus, con el código de honor o inclusive con el papel de la *vendetta*. Uno de sus objetivos es la creación de una base de datos para poder identificar a las diferentes tribus y a sus jefes locales, pero también detectar los principales problemas económicos, sociales y políticos de las poblaciones. En ocasiones, los antropólogos embarcados se ven directamente involucrados; el equipo de Tracy, por ejemplo, participó en la instalación de un dispensario gratuito al oriente de Afganistán.<sup>2</sup>

Como es de suponerse, esos antropólogos embarcados han sido objeto de una fuerte polémica en el seno de la Antropología estadounidense. Se ha constituido una red —el *Network of Concerned Anthropologists*— para llamar al boicot del programa *Human Terrain System* (HTS). La muy influyente *American Anthropological Association* (AAA) se ha

<sup>2</sup> Sin embargo, sigue siendo difícil hacerse una idea precisa del trabajo de los antropólogos embarcados. Para un acercamiento a las referencias movilizadas por los *Human Terrain Teams* puede verse los sitios <http://iraqht.blogspot.com> o <http://iraqht.blogspot.com>. Sobre la vida cotidiana de los antropólogos embarcados, puede consultarse el *blog* de uno de ellos en l'Irak: <http://marcusgriffin.com/blog>.

ocupado también del asunto y ha abierto un foro de discusión en su sitio de Internet. El 31 de octubre de 2007, su comité ejecutivo tomó oficialmente posición contra el HTS. Lejos de ser inédita, semejante movilización de los antropólogos al servicio del ejército y de la inteligencia se inscribe por el contrario en la historia compleja de las relaciones entre la Antropología y los poderes políticos. Tras el giro crítico de la Antropología estadounidense sobre todo, se ha vuelto cosa común volver la mirada sobre el pasado, a veces poco glorioso, de la disciplina. El ejemplo de la Antropología colonial es notable: en el siglo XIX y a principios del XX hubo etnólogos que trabajaron al servicio de la administración colonial de los "indígenas", tanto en el imperio francés o británico como en el territorio de los Estados Unidos (con las reservas indias).

El involucramiento de los antropólogos durante las dos guerras mundiales es una página a menudo poco conocida de la historia de la disciplina.<sup>3</sup> No obstante, varios investigadores de renombre tales como Margaret Mead, Gregory Bateson o Ruth Benedict pusieron su saber antropológico (sobre las sociedades de Asia y del Pacífico sobre todo) al servicio del esfuerzo de guerra de los aliados. Algunos antropólogos llegaron incluso hasta a recopilar clandestinamente informaciones para la OSS (el precursor de la CIA) con el disfraz de falsas encuestas de terreno. Esta implicación de antropólogos patriotas al servicio de una "guerra justa" genera en conjunto escaso debate. Ciertamente es que en un artículo de *The Nation* publicado en 1919, Franz Boas acusa a cuatro investigadores (sin mencionar sus nombres) de haber utilizado su *status* de antropólogos para llevar a cabo actividades de espionaje en América Latina durante la Primera Guerra Mundial.<sup>4</sup> Su argumentación se basa en una oposición entre los antropólogos que deben estar al servicio de la verdad y los espías que están al servicio de un gobierno. Tras la publicación de ese artículo, el padre fundador de la Antropología estadounidense fue duramente criticado por sus colegas: durante su congreso anual, la AAA propuso una moción de censura contra él, lo expulsó de su consejo de administración e incluso lo presionó para que dimitiera del *National Research Council*.

El periodo de la Guerra Fría posterior a 1945 no puso término al involucramiento de los antropólogos estadounidenses; muy por el contrario, algunos de ellos fueron enrolados al servicio del ejército o



Petición de lluvias, Cerro del Cruzco, Acatlán, Gro. Ofrendas a la Santa Cruz. Foto: Gloria Marvic.

al servicio de inteligencia tanto durante las guerras de Corea y de Vietnam, como en operaciones más clandestinas en América Latina. Así, en 1964 el Pentágono lanza el Proyecto *Camelot* para reclutar antropólogos y enviarlos a realizar trabajo de campo en países políticamente sensibles en América Latina (especialmente en Chile). La movilización de la Antropología al servicio de operaciones de contrainsurgencia en América Latina y en el Sudeste de Asia suscita acalorados debates en el seno de la AAA, principalmente en ocasión de su congreso anual de 1971. El cambio paulatino de actitud de la asociación la conduce a adoptar un código deontológico en los años 1970, a fin de normar el ejercicio de la Antropología aplicada. Sin embargo, a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001, la orientación de la política exterior de los Estados Unidos ha vuelto a poner a la orden del día la movilización de la Antropología. Por una parte, los conservadores se lanzan en una verdadera campaña "macartista" contra los progresistas (*liberales*), ampliamente mayoritarios en el ámbito universitario, sobre todo en Antropología.<sup>5</sup> Un libro, *The Professors: The*

<sup>3</sup> David H. Price, "Anthropologists as Spies", *The Nation*, 20 noviembre, 2000.

<sup>4</sup> Franz Boas, "Scientists as Spies", *The Nation*, 20 diciembre, 1919.

<sup>5</sup> Dean J. Saitta, "Higher education and the dangerous professor: challenges for anthropology", *Anthropology Today*, 2006, 22 (4), pp. 1-3.

*101 Most Dangerous Academics in America*, escrito por David Horowitz, antiguo izquierdista convertido al neoconservadurismo, denuncia a los universitarios que critican la política exterior estadounidense acusándolos de traicionar a su país y de adoctrinar a los estudiantes. Por otra parte, las agencias gubernamentales relanzan los programas de movilización de los universitarios al servicio de la inteligencia y del ejército.

En 2004, una breve nota publicada en *Anthropology Today*, una revista que se interesa en cuestiones de ética antropológica, revela así que la CIA tiene el proyecto de entrenar a sus aprendices de espías inscribiéndolos, secretamente, en los cursos de Antropología de la Universidad.<sup>6</sup> Diseñado por Félix Moos, profesor de Antropología en la Universidad de Kansas, el *Pat Roberts Intelligence Scholars Program* (PRISP) parte del principio de que las amenazas terroristas a las cuales se ven enfrentados los Estados Unidos exigen con urgencia un acercamiento entre el mundo académico y los servicios de inteligencia. Los servicios secretos estadounidenses fueron acusados de no haber sido capaces de hacer fracasar los atentados del 11 de septiembre de 2001 debido a su incompetencia en “inteligencia humana” (*human intelligence*), de haber descuidado a los agentes de terreno por dar prioridad a las herramientas tecnológicas. El PRISP

ofrece entonces becas sustanciales para estudiantes que acepten comprometerse a trabajar para la CIA. Los candidatos tienen además la obligación de no revelar en la universidad sus nexos con la CIA —lo que constituye por cierto una buena manera de comenzar su carrera como espías. Una serie de proyectos similares han sido implementados también con convocatorias oficiales en el sitio de Internet de la AAA: *Intelligence Community Scholars Program* y *Defense Intelligence Scholars Program*. Un virulento debate se desata entonces en torno a la cuestión del involucramiento de la Antropología al servicio del espionaje, especialmente en las páginas de *Anthropology Today*, que publica toda una serie de artículos y de réplicas a éstos. Haciendo frente a Moos y a algunos otros antropólogos que defienden el PRISP, los opositores más activos son David Price, Roberto J. González y Hugh Gusterson, quienes más tarde se habrán de convertir a la vez en las puntas de lanza de la oposición a los antropólogos embarcados. La AAA no se pronunció oficialmente contra el PRISP, sino —hecho notable— decidió en 2005 abrogar la moción de censura contra Franz Boas (86 años después de los hechos). En Gran Bretaña, la *Association of Social Anthropologists* por su parte, toma públicamente posición contra el PRISP (dado que numerosos estudiantes estadounidenses iban a hacer sus estudios en las universidades británicas).<sup>7</sup>



Ofrendas de flores, velas e incienso en uno de los pozos del poblado de Acatlán, día de la Santa Cruz. Foto: Gloria Marvic.

<sup>6</sup> “CIA seeks anthropologists”, *Anthropology Today*, 2004, 20 (4), p. 29.

<sup>7</sup> Phil Baty, “CIA outrages UK academics by planting spies in classroom”, *The Times Higher Education Supplement*, 3 junio 2005.

Según esta asociación, la promiscuidad entre Antropología y espionaje sólo puede ir en detrimento de la reputación de la disciplina, e inclusive de la seguridad de los antropólogos, quienes correrían el riesgo sobre el terreno de ser considerados (más a menudo que de costumbre) como espías. Sin embargo, como lo subrayan sus partidarios, el PRISP tiene por objeto contribuir a la educación antropológica de los futuros espías y no a enviarlos a países extranjeros con etiqueta de antropólogos. Así pues en realidad los espías son infiltrados como antropólogos en la universidad y no sobre el terreno.

Ese mismo año, otro escándalo sacude a la Antropología. En un artículo explosivo aparecido en *The New Yorker*, Seymour Hersh afirma que la tortura de prisioneros en Abu Ghraib por los soldados estadounidenses en Irak no es obra de sádicos aislados, sino que fue planificada en el más alto nivel por el Pentágono.<sup>8</sup> Revela además que la obra de un antropólogo ha sido una fuente de inspiración para la tortura psicológica, especialmente en lo que se refiere a las técnicas de humillación sexual. Se trata de *The Arab Mind*, un libro publicado en 1973 por Raphael Patai (1910-1996), un antropólogo que fue profesor en la Universidad de Columbia y la de Princeton. Inspirado directamente en la Antropología culturalista norteamericana, ese libro presenta una imagen estereotipada de la “personalidad árabe”, consagrando un capítulo entero a la sexualidad y sus tabúes. Incluso si ha sido desde entonces ampliamente criticado por los antropólogos, *The Arab Mind* habría sido la Biblia de los neoconservadores estadounidenses sobre el tema. Entonces de allí habrían tomado la idea de que los árabes serían particularmente vulnerables a la humillación sexual, idea puesta después siniestramente en práctica en Abu Ghraib. Sin duda alguna, el ejercicio de la tortura puede perfectamente prescindir de la literatura antropológica; sin embargo, el testimonio de un “interrogador” arrepentido confirma que el libro de Patai era efectivamente conocido por los instructores del ejército estadounidense.<sup>9</sup> Esta instrumentalización del saber antropológico —por caduco que sea— al servicio de la tortura choca en todo caso lo suficiente a los universitarios para que la AAA decida condenarla oficialmente en ocasión de su congreso anual en 2006 (a partir de una propuesta de

González). Es entonces en este contexto, ya denso de por sí, que el año siguiente la AAA toma también la decisión de pronunciarse contra el programa HTS y los antropólogos embarcados. Lo que esta vez se pone en tela de juicio es el papel problemático que podría llegar a asumir la asesoría antropológica en la Guerra de Terror (*War on Terror*) impulsada por los Estados Unidos.

Si bien la mayoría de los antropólogos estadounidenses permanecen escépticos respecto al HTS, no todos se oponen con firmeza a este proyecto. Muy por el contrario, algunos de ellos son incluso sus fervientes partidarios. La principal promotora del programa es así Montgomery McFate, una antropóloga de Yale que se ha pronunciado desde hace mucho tiempo a favor de una movilización de la Antropología al servicio de los militares.<sup>10</sup> Acostumbrada a trabajar para el ejército, ella es coautora, en 2006, de un manual de contrainsurgencia que innova adoptando un enfoque sociocultural.<sup>11</sup> McFate niega estar “militarizando” a la Antropología y afirma en cambio que lo que quiere es “antropologizar” a los militares. Retomando los argumentos de la Antropología aplicada, ella acusa a sus detractores de que se encierran en su torre de marfil académica y de que no quieren poner su saber al servicio de la sociedad: según ella, es mejor tratar de ayudar en vez de no hacer nada. Es preciso entonces educar a los militares, en lugar de criticarlos. Steve Fondacaro, uno de los militares que dirigen el *Human Terrain Team*, reivindica directamente tales preocupaciones pedagógicas de McFate: “No es que nosotros seamos malas personas, sino que somos estúpidos. Ahora bien, el remedio contra la estupidez, es la educación. ¿Y quiénes serán capaces de hacer nuestra educación, si no son ustedes, los antropólogos?”



<sup>8</sup> Seymour M. Hersh, “The Gray Zone. How a secret Pentagon program came to Abu Ghraib”, *The New Yorker*, 24 mayo 2004.

<sup>9</sup> Roberto J. González, “Patai and Abu Ghraib”, *Anthropology Today*, 2007, 23 (5), p. 23.

<sup>10</sup> Matthew B. Stannard, “Montgomery McFate’s Mission. Can one anthropologist possibly steer the course in Iraq?”, *The San Francisco Chronicle*, 29 abril 2007. Ver también Montgomery McFate, “Burning bridges or burning heretics?”, *Anthropology Today*, 2007, 23 (3), p. 21.

<sup>11</sup> Para un examen crítico del manual por un antropólogo hostil al HTS, cf. Roberto J. González, “Towards mercenary anthropology? The new US Army counterinsurgency manual FM 3-24 and the military-anthropology complex”, *Anthropology Today*, 2007, 23 (3), pp. 14-19.



La argumentación de McFate se basa en la idea de que los conflictos en Irak y en Afganistán son “guerras centradas en lo cultural” (*culture-centric warfare*). Ella entiende con esto que los problemas a los que es confrontado el ejército estadounidense son en parte resultados de una serie de malentendidos culturales. Un ejemplo tan simple como impactante ilustra usualmente sus palabras. En la cultura estadounidense, extender el brazo mostrando la palma de la mano significa “¡alto!”, mientras que en la cultura iraquí, ese mismo ademán significa “¡bienvenido!”. Los militares estadounidenses confunden así a inocentes iraquíes con peligrosos kamikazes. Los “daños colaterales” no serían entonces sino malentendidos interculturales. Es por esto que McFate aboga por una “ocupación culturalmente informada” (*culturally informed occupation*). Se trata así de poner en operación un verdadero cambio de punto de vista: los antropólogos embarcados deben permitir a los militares estadounidenses ver la situación desde el punto de vista de los iraquíes o de los afganos mismos. A partir de Malinowski y la invención de la etnografía de campo, la Antropología se distingue en efecto por su capacidad de describir las cosas “desde el punto de vista del nativo” (*from a native’s point of view*). Retraducido al lenguaje militar, se trata entonces de “ver los problemas a través de los ojos de la población-meta”. Sin embargo, esta conversión de la mirada no deja de ser ambigua. Aunque los militares pretenden ver las cosas desde el punto de vista de las poblaciones locales gracias a los antropólogos embarcados, éstos parecen estar empeñados más bien en ver las cosas desde el punto de vista de los militares. Es al menos eso lo que deja entender el *blog* de uno de ellos en Irak. Citando un precepto metodológico famoso, Marcus Griffin insiste con justa razón sobre la necesidad de “convertirse en nativo” (*going native*) para cumplir bien con su trabajo. Pero esos in-

dígenas no son los que uno supondría. En efecto, él describe un proceso de identificación paulatina con los militares a través del corte de pelo reglamentario, los ejercicios físicos, el porte del uniforme, el entrenamiento de tiro al blanco y el aprendizaje de la jerga militar (sobre todo una afición inmoderada por los acrónimos. ¿Cómo describir entonces el conflicto desde el punto de vista de los iraquíes siendo que se les ha “militarizado”?).

El ejército se declara sin embargo satisfecho de sus antropólogos: “Vemos ahora las cosas desde un punto de vista humano, desde un punto de vista sociológico. No estamos ya focalizados sobre el adversario. Intentamos ahora ayudar a un mejor gobierno local (*we’re focused on bringing governance down to the people*)”. Un comandante afirma así que la presencia de antropólogos embarcados en su unidad ha permitido reducir en un 60 % las operaciones de combate, por lo que los militares pueden entonces concentrarse en la seguridad, en la salud y en la educación de las poblaciones locales. La disminución del recurso a la violencia y por consiguiente de las pérdidas humanas, tanto estadounidenses como afganas o iraquíes; constituye en efecto la principal justificación del HTS, según sus partidarios. Dando pruebas de su dominio del vocabulario indígena, Griffin afirma: “Lo que nosotros hacemos es ayudar al ejército a comprender a las poblaciones locales en el contexto de un conflicto que ha provocado operaciones *cinéticas* [eufemismo para designar los combates, en la jerga militar], siendo que se podría haber recurrido a soluciones no *cinéticas* si hubiéramos contado con una comprensión más sutil de la cultura”. En cuanto a McFate, ella sostiene que “el saber sociocultural reduce la violencia, produce la estabilidad, permite una mejor gobernanza y contribuye a mejorar el proceso de decisión militar”. Desde su punto de vista, los antropólogos embarcados son así los encargados de hacer la guerra más humana. McFate los describe además como “pequeños ángeles en los hombros de los soldados”. Siempre según sus palabras, se trata de un “trabajo social armado” (*armed social work*) que debe permitir “ganar la batalla del corazón y de los espíritus”. Así, el HTS forma parte de una estrategia más amplia del ejército estadounidense que tiene como objetivo transformar las operaciones militares de invasión y ocupación en operaciones civiles de gobierno. Como lo afirma ‘ingenuamente’ Griffin, el ejército estadounidense está allí para proteger a los iraquíes (generalmente contra otros iraquíes, lo cual complica un poco el asunto). Según él, la Antropología tendría así la oportunidad de promover “la libertad en tiempos de crisis gracias a su comprensión de las culturas”. En suma, gracias al HTS y a los antropólogos embarcados; la guerra es la paz.

La argumentación de los partidarios del HTS parte del principio de que la presencia militar estadounidense en Irak y en Afganistán es un hecho, la guerra está allí. Los antropólogos deben entonces contribuir a que ésta se lleve a cabo de la mejor manera, o al menos a que se haga el menor mal posible. Y puesto que su conocimiento de las culturas puede contribuir a paliar la situación, los antropólogos tienen entonces el deber moral de poner su saber al servicio de esta causa forzosamente noble. Como lo dice Griffin, “los hombres políticos declaran la guerra, los soldados ejecutan las órdenes”. Probando que logró perfectamente convertirse en indígena, Griffin razona como si los antropólogos debieran comportarse ellos mismos como soldados y no es de su incumbencia interrogarse sobre la justificación de la guerra misma, antes de involucrarse o no en ella. David Kilcullen, un antropólogo y militar australiano puesto al servicio del ejército estadounidense (y que colaboró con McFate en la elaboración del manual de contrainsurgencia), racionaliza tal postura.<sup>12</sup> “es ‘*jus in bello*’ -la aplicación del derecho una vez que la guerra ha sido declarada- y no ‘*jus ad bellum*’ -el derecho de hacer la guerra”. La participación de los antropólogos es en efecto de índole ética, puesto que contribuye “al mayor bien

para el mayor número posible de personas” —en contexto de guerra, el mayor bien es sinónimo del menor mal. Kilcullen subraya que la cuestión de la legitimidad de la guerra no atañe propiamente a los antropólogos, sino que interesa más ampliamente a todos los ciudadanos. En cambio no es seguro que el debate en torno a la participación de los antropólogos pueda ser zanjado eludiendo una respuesta a esta cuestión. Soslayando el debate sobre la justificación de la intervención militar estadounidense, el problema es así reducido a una decisión ética de orden puramente instrumental. En resumidas cuentas, los argumentos de los partidarios del *Human Terrain Team* se basan en una doble operación de culturalización y de despolitización de la guerra.

Ahora bien, del lado de los detractores del HTS, todos coinciden en decir que enseñar Antropología a los militares estadounidenses es en sí una intención loable, pero que si se aborda el problema de la participación de los antropólogos en las operaciones militares desde este único ángulo, en realidad se rehuye la discusión. Los opositores intentan pues plantear de otra manera los términos de la cuestión. Algunos de ellos denuncian con virulencia la movilización de una “antropología mercenaria” al servicio del imperialismo estadounidense: en vez



Petición de lluvias o Atlzazilistle, Cerro del Cruzco, Acatlán, Gro.  
Foto: Gloria Marvic.



Ofrenda de pan y flores en las cruces de la iglesia, Oztotempa, Gro.  
Foto: Gloria Marvic.

<sup>12</sup> David Kilcullen, “Ethics, politics and non-state warfare”, *Anthropology Today*, 2007, 23 (3), p. 20. Ver también George Packer, “Knowing the enemy. Can social scientists redefine the ‘war on terror’?”, *The New Yorker*, 18 diciembre, 2006.



Tecuaní en la ofrenda de la cruz, Cerro del Cruzco, Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.

de trabajar en pro de un mundo más seguro, los antropólogos embarcados avalan en realidad una brutal guerra de ocupación. Se trata pura y llanamente de transformar la Antropología en arma de guerra (*weaponization of anthropology*). Sin embargo, los principales argumentos de los opositores al HTS son más éticos que políticos. En los Estados Unidos, todo proyecto de investigación que tenga que ver con sujetos humanos debe recibir el aval del *Institutional Review Board* (IRB), que evalúa si determinado proyecto respeta los derechos humanos y garantiza el bienestar del conjunto de las personas involucradas. Los antropólogos discuten entonces para saber si sus colegas que trabajan para el HTS han pasado o no ante un IRB, o si están dispensados de este trámite so pretexto de que dependen directamente del departamento de la defensa y no de su universidad de origen.

Esta focalización singular del debate es un testimonio de la importancia de las preocupaciones éticas en el campo de la Antropología estadounidense. La toma de posición oficial de la *American Anthropological Association* es particularmente interesante desde esa óptica. En su congreso anual de 2006, una mesa redonda titulada "Practicar la antropología en las filas del ejército y del servicio de inteligencia" (*Practicing Anthropology in National Military and Intelligence Communities*) congregó a varios antropólogos que colaboraban con el ejército. Como respuesta a las inquietudes expresadas por muchos de sus miembros, la AAA decide sin embargo nombrar una comisión de reflexión en torno a la participación de la Antropología al servi-

cio de la inteligencia y del ejército (*Commission on the Engagement of Anthropology with the US Security and Intelligence Communities*). El 31 de octubre de 2007, sin esperar la opinión de esta comisión *ad hoc* (cuyo mandato dura tres años), el comité ejecutivo de la AAA decidió tomar posición oficialmente contra el programa HTS, ya que éste plantea graves "problemas éticos". 1° Los antropólogos embarcados no pueden deslindarse claramente de los militares. 2° Sus obligaciones *vis-à-vis* del ejército estadounidense que los emplea corren el riesgo de entrar en conflicto con los deberes que ellos tienen profesionalmente hacia sus interlocutores entre las poblaciones locales, sobre todo la obligación de no causarles ningún daño (violación de la sección III, A, 1 del código deontológico de la AAA revisado en 1998). 3° Sus informantes no están en posición de expresar un consentimiento debidamente informado (violación de la sección III, A, 4 del código deontológico). 4° Las informaciones que los antropólogos proporcionan a los militares corren el riesgo de ser utilizadas contra sus mismos informantes (violación de la sección III, A, 1 del código deontológico). 5° La identificación de los antropólogos embarcados con los militares puede poner en peligro a los demás antropólogos y a las poblaciones que estudian.

El comité ejecutivo concluye entonces con una fórmula hasta cierto punto elusiva "que el programa HTS crea condiciones susceptibles de ubicar a los antropólogos en una posición en la que su trabajo violaría el código deontológico de la AAA; y que la utilización que se ha hecho de los antropólogos pone en peligro tanto a los otros antropólo-





Ofrenda de comida y velas para la Santa Cruz, Oztotempa, Gro. Foto: Gloria Marvic.

Reflexiones

gos como a las personas que ellos estudian. Es por esta razón que el comité ejecutivo desapruueba el programa HTS". Un párrafo final reconoce sin embargo que "la antropología puede y debe ayudar a mejorar la política del gobierno estadounidense por la difusión lo más amplia posible del saber antropológico en la esfera pública, a fin de contribuir de manera transparente e informada a la elaboración y a la implementación de una política mediante procedimientos democráticos comprobados, tales como el aporte de pruebas, el debate, el diálogo y la deliberación. Es de esta manera que la Antropología puede legítima y eficazmente ayudar a orientar la política estadounidense al servicio de la paz mundial y de la justicia social". Este párrafo retoma de alguna manera un argumento de McFate: si los antropólogos consideran que la guerra en Irak es injusta, es su deber trabajar junto a los militares y a los hombres políticos para que éstos ya no cometan los mismos errores. Entonces, la condena de la *American Anthropological Association* sigue siendo prudente y moderada. Ciertamente, la declaración no deja de mencionar de paso que la guerra en Irak viola los derechos del hombre y los principios democráticos; pero lo esencial de las críticas contra los antropólogos embarcados sigue siendo ontológico y no político (y serían válidas en ese sentido para cualquier guerra, independientemente de si es justa o injusta). Una parte de los argumentos es de orden propiamente ético: los antropólogos no deben obtener la información por la fuerza, y no deben poner en peligro a sus informantes. Pero otro argumento, citado en dos ocasiones en la declaración de la *American Anthropological Association* y constantemente abordado en los debates, tiene un tinte más corporativista: los antropólogos embarcados contribuyen al descrédito de todos sus colegas y los exponen al riesgo de que se les considere también como espías en su terreno de trabajo. Esta inquietud hace eco directamente a una experiencia compartida por todos los antropólogos: al distinguirse por una curiosidad insaciable y por la manía de anotar todo lo que ven y escuchan, los antropólogos comienzan siempre por

despertar la desconfianza de las poblaciones entre las cuales trabajan. Así, todo aprendiz de antropólogo debe aprender a superar el malestar de ser percibido —pero con cierta frecuencia también de percibirse a sí mismo— como un espía. Es sin duda por esta razón que el argumento ha logrado cobrar tal importancia en el debate contra los antropólogos embarcados y los programas de colaboración con las agencias del servicio de inteligencia. Como bien lo hace notar Marshall Sahlins en una carta abierta dirigida a *The New York Times*, priva cierta indecencia cuando se critica a los antropólogos embarcados basándose en un interés corporativista hasta cierto punto egoísta. Plantear el problema en términos puramente corporativistas o incluso deontológico no es según él sino una (mala) manera de soslayar lo que realmente está en juego, que es lo político: los antropólogos embarcados son cómplices voluntarios de un imperialismo cultural que pretende imponer los valores estadounidenses a "poblaciones que han logrado desde hace mucho tiempo conservar sus propios modos de vida". Así, Sahlins contribuye también a culturalizar el conflicto, aunque de una manera muy diferente de la de los partidarios del *Human Terrain Team*. Con el pretexto de permitir a los militares estadounidenses adoptar el punto de vista de las culturas locales, los antropólogos estarían de hecho allí para ayudar a forzar a las poblaciones locales a adoptar el punto de vista de la cultura estadounidense.

A fin de cuentas, la controversia de los antropólogos embarcados, lejos de limitarse a una cuestión de ética profesional —como lo piensan algunos protagonistas, tanto defensores como críticos— implica necesariamente en filigrana tomas de posición relativas a la legitimidad de la guerra en Irak y a la política exterior de los Estados Unidos. Es por ello que el problema se plantea en realidad de una manera diferente en la situación actual que en tiempos de la Segunda Guerra Mundial. No se trata tanto de una cuestión técnica de *jus in bello* que podría zanjarse *in abstracto*, sino más bien de una cuestión política de *jus ad bellum* inserta a su vez en el nuevo contexto geopolítico posterior al 11 de septiembre de 2001.